

*Tratado de paz entre Roma y Cartago. – Consideraciones sobre esta guerra. – Situación de las dos Repúblicas después de la paz.*

Conocida por los cartagineses la nueva de esta inesperada derrota, por lo que hace al valor y honrosa emulación, se hallaban aún dispuestos para continuar la guerra, pero ignoraban cómo conducirla. Socorrer las tropas que estaban en Sicilia no les era posible, estando en posesión del mar sus contrarios. Abandonarlas y en cierto modo entregarlas era quedarse sin tropas ni jefes con que hacer la guerra. Por cuyo motivo, participándosele seguidamente a Barca, pusieron en sus manos la seguridad del Estado. Éste se portó como sabio y prudente capitán. Mientras conservó alguna probable esperanza en sus tropas, nada omitió de cuanto se puede esperar de la intrepidez y arrojo. Intentó con la espada, cual ningún otro comandante, todos los medios de la victoria. Pero cuando mudaron de aspecto los negocios y se vio falto de recurso prudente para salvar a los de su mando, cuerdo y experimentado cedió a la necesidad, y despachó embajadores para tratar de paz y alianza. Tanto se admira la prudencia de un general en conocer el tiempo de vencer como el de renunciar a la victoria. Lutacio oyó con gusto la proposición, ya que estaba bien enterado de cuán deteriorados y debilitados se hallaban ya los intereses de Roma con esta guerra. Al fin se terminó la contienda (año -242) con el tratado siguiente: *Habrá amistad entre cartagineses y romanos, si lo aprueba el pueblo romano bajo estas condiciones. Evacuarán los cartagineses toda Sicilia; no moverán guerra a Hierón; no tomarán las armas contra los siracusanos ni contra sus aliados; restituirán sin rescate a los romanos todos sus prisioneros; pagarán a los romanos en veinte años dos mil doscientos talentos eubeos de plata.*

Enviado a Roma este tratado, el pueblo, en vez de aprobar sus condiciones, despachó diez legados que inspeccionasen el asunto más de cerca. Cuando llegaron éstos, nada mudaron de lo principal; sólo sí ampliaron algún tanto las circunstancias. Limitaron el tiempo de la contribución; añadieron a la cantidad mil talentos; y ordenaron que los cartagineses evacuasen todas las islas que están entre Italia y Sicilia. Con dichos pactos y de este modo se concluyó la guerra que hubo entre romanos y cartagineses sobre Sicilia, tras haber durado sin interrupción veinticuatro años; guerra la más larga, más continuada y de mayor nombre de cuantas tenemos noticia; guerra en la que, sin contar otras expediciones y preparativos de los que anteriormente hemos hecho mención, se combatió una vez, unidas ambas escuadras, con más de quinientas galeras de cinco órdenes, y otra con pocas menos de setecientas. Los romanos perdieron setecientas, contando las que perecieron en los naufragios; y los cartagineses, quinientas. A la vista de esto, a los admiradores de las batallas navales y flotas de Antígono, Ptolomeo y Demetrio, al leer este pasaje, no les será posible mirar sin sorpresa la magnitud de estos hechos. Si a más de esto quisiese alguno tener en cuenta el exceso de las galeras de cinco órdenes respecto de los trirremes con que pelearon los persas contra los griegos, y los atenienses y lacedemonios entre sí, se encontrará con que ja-

más sobre el mar se batieron tan numerosas armadas. Por esto se evidencia lo que propuse al principio: que los romanos, no por fortuna o mera casualidad, como creen algunos griegos, sino con muy probables fundamentos, después de disciplinados con tales y tan grandes expediciones, no sólo sorprendieron con arrojo el imperio y mando del universo, sino que llevaron a cabo su designio.

Sin embargo, ¿dudará alguno cuál es la causa que, señores del universo y árbitros ahora de un poder infinitamente más dilatado que el que antes tenían, no puedan tripular tantos navíos, ni poner sobre el mar tan numerosas escuadras? Mas esta duda será aclarada cuando vengamos a explicar la constitución de su gobierno. Ésta es una cuestión de la que ni nosotros debemos hablar de paso, ni el lector mirar con indiferencia. Es asunto que merece atención y que casi ha sido desconocido, por decirlo así, hasta nuestros días, de los historiadores que de él han tratado; unos porque lo han ignorado, otros porque lo han manejado de un modo oscuro y totalmente infructuoso. Pero en la antes mencionada guerra, cualquiera observará que eran semejantes los designios de una y otra república, iguales los conatos, igual la grandeza de alma y, sobre todo, igual la obstinada pasión de primacía. Es verdad que respecto de los soldados eran mucho más sobresalientes los romanos; pero también debemos apreciar como el más prudente y valeroso capitán de su tiempo a Amílcar, por sobrenombre Barca, padre natural de Aníbal, aquel que en la consecuencia hizo la guerra a los romanos.

Tras la paz, fue peculiar y parecida la suerte de ambas repúblicas. Porque a los romanos se les siguió una guerra civil con los faliscos, que terminaron rápidamente y con ventaja, apoderándose en pocos días de su ciudad; y a los cartagineses por el mismo tiempo otra no pequeña ni de corta consideración, que tuvieron que sostener contra las tropas extranjeras, los númidas y los africanos cómplices de esta rebelión: en la cual, después de haber sufrido muchos e inminentes riesgos, aventuraron al fin no sólo su provincia, sino también sus personas y el suelo de su propia patria. Esta guerra merece por muchas razones que nos detengamos en su exposición, la que ejecutaremos breve y sumariamente, según el plan que nos propusimos al principio. Cualquiera, principalmente por lo que entonces ocurrió, se enterará de la naturaleza y circunstancias de esta guerra, llamada por muchos *implacable*. Esta fatalidad manifestará qué medidas y precauciones deben tomar de antemano los Estados que se sirven de tropas extranjeras; como asimismo cuánta y cuán gran diferencia hay entre las costumbres de una confusa y bárbara tropa y los usos de gentes civilizadas y educadas en las leyes del país: por último, y lo que es lo principal, los hechos de entonces nos instruirán de las causas por que se suscitó la guerra anibálica entre romanos y cartagineses sobre cuyos motivos, por no estar todavía de acuerdo ni los historiadores ni los mismos beligerantes, prestaremos un gran servicio a los amantes de la instrucción en proponerles la sentencia más verdadera.